

## COMPLICIDAD

Encontré a Edme Raymond en el andén de la estación de Milán, al subir yo a uno de esos trenes enfáticamente calificados por los italianos con el nombre de *lampo*—¡relámpago!—. En los cuales, estad seguros de que llegaréis con dos horas de retraso, en un trayecto que dure cinco. ¿Cómo enfadarse? Si os quejáis, os responden:—Es el destino italiano, *il destino italiano*...—con sonrisa de finura irresistible. ¿Se burlan de ellos mismos? ¿Se burlan de vosotros? Y perdonáis al *lampo* sus paradas interminables en estaciones donde espera el enlace, la coincidencia que jamás se verifica. ¿Cómo enfadarse otra vez, cuando se acaban de ver los divinos Luini de la *Brera* y se van a visitar mañana el *Palacio Rojo* y el *Palacio Blanco* en Génova? Porque era Génova adonde yo iba cuando Edme Raymond se me acercó. También él iba allá.

— ¿Quiere usted que hagamos el camino juntos?... —me preguntó— Y le contesté, precediéndole en el departamento, un «¡Con mucho gusto!» que no era

muy sincero. No es que Raymond me sea antipático: es un muchacho muy fino, y aunque algo amanerado para mi gusto, es un compañero leal. Desde hacía veinte años que nos conocíamos—no sé bien de dónde—, jamás tuve con él relaciones superficiales. Charla admirablemente. Ha leído mucho y es culto. Su fortuna le permite viajar y ha visto bastante. Es, sin embargo, un parisiense; y cuando no se ha podido disponer en el invierno más que de una veintena de días para darse un baño de Italia, se temen todos los encuentros que conducen, aunque no sea más que el pensamiento, al París abandonado. A un charlatán, así tuviese el ingenio de un Dumas o de un Barbey d'Aurevilly, se le huiría, y Raymond no se parece, ni de cerca ni de lejos, a aquellos dos maestros de la charla, los más fecundos que yo conocí, allá en los tiempos de mi juventud.

...Yu su'l mio primo giovenili,  
Quand'era in parte altr'uomo da quel ch' isono.

Es oportuno citar esos versos deliciosos, del delicioso Petrarca:

«Cuando yo era en parte otro hombre del que soy...»

Edme es un hablador corriente. Se sabe, casi de antemano, lo que las gentes como él piensan respecto a las cosas que están en moda en los salones inmediatos al Arco de Triunfo: ayer exaltaban las novelas de Tolstoy y las de d'Annunzio; hoy celebran la escultura de Rodin y la pintura de Bernard. Mañana... Hace tiempo que yo aprendí a distinguir, entre las habladurías de ese género, las opiniones que siempre son un eco, y las anécdotas que pueden ser originales. Raymond me contó una que me lo pare-

ció y que yo quería contar a mi vez. Pertenece a la serie de los «casos de conciencia». Diga lo que quiera Pascal, todo el interés de la vida humana está en esos escrúpulos y en sus soluciones. Mi compañero me refirió esa historia, mientras nuestro tren iba de Novi a Sampierdarena, sobre los altos muros de mampostería que se suceden a lo largo del estrecho valle por donde serpea el bravo Scrivia. Habíamos cambiado al azar del camino bastantes palabras, cuando esta simple pregunta:—¿Dónde para usted, en Génova?—provocó su confidencia.

Yo le dije un hotel algo apartado de la ciudad y que me place por su hermoso jardín.

—Entonces nos separaremos—me respondió—. Figúrese que ese hotel está asociado para mí a un recuerdo demasiado triste, y yo tengo la superstición de no volver jamás a los lugares donde me ha sucedido una aventura desagradable... ¡Una aventural Algo fuerte es la palabra, pero sin embargo...—Y después de un silencio—: ¿Quiere usted que le cuente esa historia? Desearía saber lo que usted hubiese hecho en mi caso. Cambiaré los nombres. Por otra parte, no conoce usted a los personajes...

«Hace de esto quince años—comenzó—; era en mi primera visita a Génova. Había parado en ese hotel por la misma razón de usted. Era en otoño, un admirable octubre de la Costa Lígur. Había visitado detenidamente durante el día los palacios y las iglesias, los Van Dyck del Brignole-Sale, los del Balbi y sus Tizianos, los frescos de Perin del Vaga en Doria y San Stéfano, y Santa María de Carignano, y las estatuas de San Lorenzo; ya ve usted que soy un turista concienzudo... Al atardecer estaba sentado en un bosquecillo del jardín de dicho hotel, tomando notas sobre mis impresiones de la mañana y de la tarde, cuando me sobresaltó el sonido de una voz a

pocos pasos de mí en una avenida, de la que me separaba un seto. Una mujer hablaba, creyendo firmemente que nadie la escuchaba. A su lado caminaba un hombre. La frase que decía era bien frívola, toda vez que los dos eran jóvenes:

— ¡Ah, querido, querido!—decía ella—, jamás hubiera podido soñar estar aquí contigo, ante este mar, bajo este cielo y con tantas horas gratas delante de nosotros... Diez y ocho aún, puesto que mi tren parte a mediodía...

— Tampoco yo—respondía él—esperaba que pudieses verte libre... Pero seamos prudentes. Volvamos al hotel. La habitación es segura y el jardín no lo es. Podríamos encontrar a alguien...

— ¿Y qué?—preguntó ella—. Es tan agradable respirar este aire, contemplar esta puesta de sol, contigo...

— Cuánto mejor hubiera hecho siguiendo antes mi idea—continuó él—, examinando la lista de viajeros cuando he llegado...

— ¡Malol!—dijo ella, con un tono de tierno reproche—. ¿Sientes no haberme robado esos cinco minutos?... ¡Oh! Si me amases, no razonarías tanto; no tendrías esa prudencia...

— Pero si es por ti, amada mía—agregó él—. Es por ti, a quien yo querría evitar disgustos a toda costa.

— ¡Que vengan!—suspiró ella—. Habré sido tan feliz que, después de todo, me será igual todo. ¿Entiendes? Todo...

Pasaron sin verme. Y ahora juzgue usted del grado y la naturaleza de mi emoción. En aquella amante que no podía reprimirse para pregonar así su felicidad, reconocí a la mujer de uno de mis amigos más íntimos, más íntimos; el más íntimo puedo decir. Le llamaré, para continuar mi relato, Carlos Routier, y

a su mujer, si le parece, Margarita. El cómplice de aquella cita en aquel hotel apartado de Génova me era desconocido. Sepa usted también que aquella mañana, al ir al correo a buscar mi correspondencia, me encontré con una carta del mismo Routier, que me escribía desde París y me decía que su mujer aprovechaba el viaje de una prima, que la había invitado para pasar quince días en Florencia y en Roma. Me decía el nombre de la prima, con gratitud, por el placer que procuraba a su querida Margarita. Los Routier no eran ricos. El estaba en los comienzos de su carrera de abogado, que luego ha sido de las más brillantes. Por el contrario, la prima, que lo era por parte de la señora de Routier, tenía cien mil francos de renta. Yo sabía esto también, por haber asistido a la boda de Carlos como segundo testigo. Y a esa prima era a quien yo daba el brazo en el acompañamiento. Hacía de esto cinco años, cinco cortos años, y hoy...

Los dos imprudentes amantes habían entrado hacía bastante tiempo en la habitación donde, sin duda, cenaban frente a frente, con esa intimidad peligrosa y embriagadora que constituye la delicia de las relaciones ocultas. Tienen, en otro sentido, tanto de baja humillación, que es necesario reconocer su poesía para explicarse su atractivo en sensibilidades, por otra parte delicadas. Yo continuaba sentado en la mesa del jardín, frente a mi cuaderno, abierto por la página en que—lo conservo en la memoria con la precisión indeleble de algunos recuerdos—estaba escrita la primera mitad del nombre del escultor de Luca, Civitali, a propósito de su Zacarías... Usted le conoce bien: aquel hermoso sacerdote hebreo, con la túnica y la Tabla de la Ley sobre el pecho, los dos brazos medio levantados y las palmas abiertas... Sí, es muy singular, pero es así. Yo no podría volver a

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO  
BIBLIOTECA  
MEXICO, D.F.  
1953 MONTERREY, MEXICO

ver esa bella escultura; de tal manera su imagen permanece estrechamente asociada en mi espíritu a las impresiones que allí me sobrecogieron y que quizá fueran las más dolorosas de mi vida. Si Routier no hubiera sido mi íntimo amigo, yo habría sufrido más melancolía que ironía (Pero ciertas ironías, ¿no son tristezas?) al cerciorarme del rápido hundimiento de aquel hogar. El simple contraste entre la ceremonia nupcial y aquella cita, me hubiera llenado de amargura. Routier era mi amigo y adoraba a esa mujer, que se había casado contra la voluntad de los padres. Yo sabía que él se abrumaba de trabajo por ella, para mirarla y satisfacerla. Yo sabía que no tenía hijos de ella, y que los deseaba ardientemente. Junte todo esto y comprenderá el terror que me causó aquel repentino descubrimiento: esa mujer, de tal manera idolatrada, engañaba a mi amigo. ¿Cuándo había comenzado aquella aventura? ¿Dónde había encontrado a ese hombre que yo no recordaba haber visto jamás en su casa? ¿Cuál era el papel desempeñado por la prima? ¿Estaba de acuerdo con Margarita, o, por el contrario, había ésta encontrado el medio de burlar su vigilancia, como burlaba la de su Carlos, con un hábil pretexto? ¿Era la primera vez— a pesar del tuteo, estas cosas no son imposibles— que los dos amantes se veían? ¿Quién sabe si aquel hijo deseado por mi amigo con una pasión de paternidad, que me había confiado, no iba a engendrarse allí, en aquel hotel cuya fachada pintada de claro y llena de ventanas veía yo a través de los árboles del jardín? Todas estas preguntas se agolpaban a mi mente, y todas acabaron por resumirse en esta otra: ¿Cuál es mi deber?

Hay un proverbio indio que usted conoce como yo: «No se debe herir a la mujer ni aun con una flor». La idea caballeresca que contiene está de tal

manera grabada en lo más profundo de nuestro ser, gracias a una herencia secular, que yo desde luego me respondí: mi deber es callar... ¿Callar? Y vi en mi pensamiento a Carlos Routier, como yo le viera tantas veces después de su matrimonio, inclinado sobre los legajos de sus clientes, y recibiéndome en su despacho con estas palabras u otras parecidas: «No tengo ni tiempo para estrecharte la mano. Estoy lleno de asuntos. Van aumentando y nuestra fortuna también. Pero nada es trabajo cuando hay una persona a quien dedicar estos esfuerzos». Y mostraba su cara surcada por la fatiga e iluminada por una sonrisa de felicidad. ¡Y mientras él trabajaba así, matándose en la tarea para asegurar el lujo de su mujer, ésta se dejaba cortejar por otro! Ella gastaba en trajes, para agradar a éste, el dinero que ganaba su laborioso marido. Y yo, habiendo oído lo que oí, ¿iba a consentir que aquella explotación que de un hombre honrado y tan cariñoso, hacía una infame, continuase? ¿Callar! ¿Eso era una complicidad! Todos los episodios de mi larga amistad con Carlos acudían a la vez, y le veía, a los diez años, con su blusón de colegial igual al mío; recordaba nuestros juegos de entonces a los quince años, cerca de Tours, en unas cortas vacaciones que yo había pasado en casa de sus padres. Los dos estábamos internos en el liceo de Luis el Grande y íéramos tan felices aquel verano por haber dejado nuestro recreo del colegio por la verde llanura por donde corre el Loira! Le veía a los veinte años haciendo su servicio militar conmigo, y luego nuestra vida en el Barrio Latino, cuando seguíamos juntos los cursos en la Facultad de Derecho. Toda nuestra amistad, nuestra fraternidad mejor dicho, de más de un cuarto de siglo, se rebeló en mí contra la complicidad del silencio. ¡Porque eso no sería más que una complicidad!... Si alguna vez los amantes cometían una im-

prudencia—que siguiesen por el mismo camino; la locura del paseo por el jardín del hotel lo probaba demasiado—, ¿me atrevería yo a responder a Carlos, si me refiriese la perfidia de Margarita: «Lo sabía todo»? Y si yo le contestaba así, ¿no se indignaría contra mí por no haberle advertido?... Sin embargo, ¿cómo advertirle? ¿Denunciar a una mujer? ¿Era esto posible? Yo debía carta a mi amigo. ¿No se quebraría mi pluma antes de escribir el relato de lo que acababa de sorprender?... ¿Tengo necesidad de decirle más?... Ya sabe usted por qué el hotel en que pasó la tarde y la noche, agitado por aquel caso de conciencia, representa para mí un recuerdo insoportable. La idea de que la traición tenía lugar en aquel momento a pocos pasos de mí, de que Margarita estaba en los brazos de su amante, en un cuarto contiguo al mío, probablemente, añadía al conflicto moral un horror físico que llegaba hasta el sufrimiento.

Por la mañana mi decisión estaba tomada. Rotundamente no; yo no denunciaría a la mujer. Carlos no sabría nada. No sería ni el primero ni el último marido traicionado en su hogar y viviendo tranquilo. Amando como amaba a esa mujer, demostrarle su indignidad sería precipitarle al suicidio. ¡Ah! ¡Era preferible que lo ignorase todo! En cuanto a mí, esperaba olvidar aquel tan extraordinario encuentro. Margarita Routier no me había visto. Ella no sabía que yo conocía sus amores. No lo sabría jamás. Según lo que dijo en la avenida del jardín, tomaba el tren próximamente al mediodía. Casi a la misma hora yo debía tomar uno en sentido inverso; pero decidí retardar mi salida para no correr el riesgo de encontrarme con ella, aunque yo estuviese bien seguro de que había de ir sola a la estación. No era probable que renovase la temible locura de la víspera y se exhibiese con su amante. No contaba yo

con esa embriaguez malsana del peligro que lanza a los amantes a afrontarlo todo en ciertos momentos. Hay para una querida, que ama apasionadamente a aquel a quien se entregó en secreto y toda entera, una voluptuosidad inexplicable en marchar apoyada en su brazo, en mostrarse con él en público como si fuera su mujer, en publicarlo, en una palabra. ¿Por qué? No me lo explico; pero recuerde usted y comprenderá el hecho. Puede decirse que de cien veces, noventa y nueve, las catástrofes que ponen fin trágicamente a tantos adulterios no reconocen otra causa. La más elemental precaución las hubiera evitado. He aquí un ejemplo más. Yo salí del hotel bastante temprano, después de aquella noche de insomnio, con la idea de volver muy tarde, cuando seguramente Margarita Routier hubiese partido para la estación. Prefería no verla, ni aun sola. Después de recorrer las calles al azar acabé, a eso de las once, por entrar en el Palacio Rojo a ver los retratos de Van-Dyck. Figúrese mi sorpresa al oír de nuevo resonar en las tranquilas salas de aquel Museo desierto la voz que me había impresionado la víspera por la tarde bajo la arboleda del jardín. La mujer estaba allí. ¡Yo que tanto había temido encontrarla aun sola! ¡Ah! ¡Si hubiera estado sola! Una voz la respondía: la de su compañero del día anterior. Yo estaba entonces ante el retrato célebre de la marquesa Paola. ¿Lo recuerda usted? Tiene en la mano un clavel rojo, y lleva un traje verde oscuro... Los amantes se acercaban. Lo conocía en sus voces. Ahora se hablaban de *usted*. Aquella prudencia era para el caso, que ellos consideraban improbable, de encontrarse con algún conocido que les escuchara. Siempre podrían justificar su paseo juntos hablando de un encuentro casual. De pronto se callaron. Con la extrema agudeza que se desarrolla en nuestros sentidos algunas veces,

yo percibí inmediatamente el rumor de un cuchicheo. Cambiaban de tono: Margarita me había visto y reconocido. Sin duda, decía a su amante estas palabras terribles para ella: «Un amigo de mi marido.» Sin embargo, ella no se retiraba. Los pasos se iban acercando más cada vez, y sus pasos sobre el estrado hacían más perceptible el silencio de sus voces. Inmóvil, con los ojos fijos en el lienzo, los brazos cruzados, en una actitud de absorta contemplación, me preguntaba: «¿Debo volver la cabeza?» ¿No será mejor evitarme y evitarla este trance?... Desde luego es bastante extraño que permanezca así sin moverme... Demostraré, quizá demasiado, que la he visto y que no quiero verla, lo cual es un insulto indiscutible..., porque no quererla ver es admitir que está en una compañía condenable. Saludarla, es darle ocasión para explicarse, para inventar una excusa a la cual yo aparentaré dar crédito. Y mientras razonaba así seguía sin moverme. La pareja se detuvo detrás de mí. Indudablemente la pobre mujer se preguntaría si no estaba yo fingiendo. Sin embargo, no se decidió a abordarme la primera. Con ese valor que las mujeres despliegan para defender su felicidad, se atrevió a hablar en voz alta para que yo me viera obligado a volver la cabeza:

— Tiene usted razón — dijo —; esta pintura es la más bella de esta galería... Le agradezco que me la haya enseñado, y celebro la casualidad que me ha hecho encontrarle... Espero que volveré a verle en París... Ahora tengo que regresar en seguida para no perder mi tren...

Era imposible, a menos de estar sordo, que yo no la oyese. ¡Y no me volví! Margarita Routier dudó un segundo. Luego se alejó, como si tampoco ella se hubiese apercibido... ¡Y su discurso no era más que para mí... El joven la siguió momentos después, du-

rante los cuales yo persistí en mi inexplicable actitud de contemplación hipnótica ante la Dama pintada por Van-Dyck. Tal como pudo estar, en el mismo Génova, Enrique Heine ante el retrato de la princesa que se parecía a María la muerta. ¿Recuerda usted las páginas de los Reisebilder? Pero Heine no se entregaba a esa adoración teniendo detrás de sí a la mujer de su mejor amigo dispuesta a hablar en alta voz. Era un poeta un poco loco a quien estas contemplaciones ante las bellezas pictóricas o estatuarias eran familiares, mientras que a mí, ¡un pobre parisiense!... La verdad es que cuando los pasos del amante de la señora de Routier se alejaron también y yo comencé a andar, caí en un estado de remordimiento que renunció a describirlo. Afectando no ver a Margarita, la había hecho saber, tan claramente como con palabras, que la creía culpable y de qué la creía culpable. No hay duda que lo primero que hizo él al entrar en el hotel fué consultar el registro de viajeros. Allí vería mi nombre, y de ahí deducirían la verdad: que yo había descubierto su presencia en aquel sitio. Para no volver la cabeza en la galería del Palacio Rojo, era preciso que no me sorprendiese su encuentro. De no ser así, la sorpresa me hubiese arrancado un gesto. Lo cierto era que yo no podía, a los ojos de la mujer de Carlos, aparentar que ignoraba su amorío. Ella *sabía* que yo *sabía* la existencia del amante, y *sabía* que *sabía* quién era. ¿Qué serenidad íbamos a tener cuando nos viéramos frente a frente? Yo había tenido el horror de una complicidad, y ahora me veía forzado a ella. Cuando un culpable tiene la convicción de que conocemos su falta, y de que le protegemos con nuestro silencio, tiene el derecho de considerarnos como en connivencia con él. ¡Cuánto mejor hubiese sido prestarme a la farsa a que ella me invitaba con su frasel ¡Si yo me hubiese

vuelto sencillamente... Si yo le hubiese dicho: «¿Usted por aquí, señora?» Ella no me hubiera presentado a su compañero diciéndome que le había encontrado en Génova por casualidad. Habría escrito a su marido, y yo lo mismo. Y en lugar de esto, ahora sería menester que ella se callase delante del marido para no contradecir lo que yo le dijese, si es que le decía algo. Nuestras relaciones estaban envenenadas para siempre por mi tontería o mi escrúpulo. Aquella aparente discreción era más acusadora que nada.

El primer efecto de esa situación completamente falsa fué hacerme imposible, durante los doce días que duró aún mi viaje, contestar la carta del marido burlado. Por primera vez quizá desde nuestra juventud estuve dos semanas sin pedir a Carlos noticias suyas y sin enviarle las mías. De regreso a París estuve todavía otras dos semanas sin pensar en visitarle. Bien me daba cuenta de que esto era aún más irrazonable que mi actitud en las galerías del Palacio Rojo. Carlos no podía dejar de extrañarse; pero yo estaba resuelto a no denunciar a su mujer. ¿Por qué, pues, retardar tanto mi visita? Me hacía todas estas consideraciones, y luego la idea de asociarme al ultraje más atroz que pudiera recibir aquel hombre me detenía. En esto, me hallaba un día solo en mi casa preguntándome cuándo reanudaría las relaciones que mi retraso hacía cada vez más difíciles, cuando un criado me anunció que una señora quería hablarme. Dí orden de que pasara, y vi entrar en mi salón a Margarita Routier en persona.

— Estoy perdida— fué su primera palabra. Sin más explicación, y bruscamente, como loca, agregó: — El destino ha puesto mi secreto en sus manos. Usted no me ha delatado a Carlos; ya lo sé. Por eso no va usted a nuestra casa. También lo sé...; usted tiene corazón; usted tendrá compasión de una desgracia-

da. Le repito que estoy perdida... Estoy encinta...

Ya no era la complicidad pasiva lo que la infortunada me pedía; era la complicidad activa. Había vuelto de Italia hacía tres días tan sólo. Ciertos síntomas la manifestaron que estaba embarazada desde hacía un mes. Le diré lo que ella me confesó también entre sollozos: desde que tenía un amante había pretextado desarreglos de salud para vivir separada del marido. Aquella maternidad la sorprendía como una amenaza más terrible, puesto que estaba allí yo, el íntimo, casi el hermano del marido, para referir lo que había visto. Había intentado escaparse con el amante; pero al intentarlo no había hecho más que descubrir la verdadera naturaleza de los sentimientos de aquel hombre. Había pensado en el suicidio. El instinto de conservación la detuvo. En su delirio acudió a mí porque yo sabía su secreto, como ella me dijo, para implorar de mí compasión... ¡Ah! ¡Allí vi qué frágil es, qué débil la pared que nos separa del crimen! Iba a suplicarme que la acompañase a casa de un médico de quien ella pretendía... ¿Qué? Una ayuda malvada para detener aquel embarazo acusador. ¡Necesitaré decirle lo que yo le respondí, y mi consejo, mi súplica de que viviese, de que no atentase contra su vida ni contra la del ser que llevaba en sus entrañas? Todavía me veo diciendo: «Confíeselo todo a Carlos antes. Se separarán ustedes. Tendrá usted su fortuna, su hijo. Encontrarán un medio de divorcio. No tendrá usted sobre su conciencia el eterno remordimiento de un asesinato. ¡Y qué asesinato!»

A medida que hablaba se iba calmando un poco, y se retiró jurándome que no cometería ni un suicidio ni un infanticidio. Al día siguiente todas mis vacilaciones para volver a la casa habían desaparecido, como usted puede suponer. A las diez estaba en la

morada de Carlos Routier, seguro de encontrarle en aquel momento. Su cariñosa acogida me probó que no sospechaba el drama que en su hogar se desarrollaba.

— No debía recibirte — me dijo alegremente —. ¿Qué significa tu conducta? Margarita no sale de su asombro. Ha regresado de Italia encantada de su viaje... Pero veamos, ¿qué ha pasado? Yo pensé: un amorío... ¿No te decidirás a casarte? Y, sin embargo, la felicidad está en el matrimonio. ¡Sólo allí, créemelo...

Paso por alto las razones que le dí para justificar mi silencio y mi ausencia. Aquella misma noche cené con ellos al lado de la desesperada de la víspera, cuyo rostro impenetrable parecía haber olvidado completamente la crisis pasional que atravesaba y el horroroso peligro suspendido sobre ella. Comprendí qué solución, fácil de adivinar, había dado al trágico problema al recibir de Carlos, un mes más tarde, otra confesión. Había cenado en su casa y fumábamos frente a frente:

— Amigo mío, soy feliz. Mi sueño va a realizarse. Tengo esperanzas de ser padre. Tú serás el padrino...

No bien pasados ocho meses nació un niño, cuyo peso me anunciaba el presunto padre con un orgullo del que yo no me sonreí.

— Sí, amigo mío... Aquí una cifra de kilos extraordinaria y antes de tiempo. ¡A los siete meses y medio! ¡Es admirable!... Yo tenía miedo. ¡El doctor me ha tranquilizado!... Es un médico de primera. Margarita supo su dirección por una casualidad, por una de sus amigas, al venir de Italia. Para entre nosotros, ella había sufrido bastante y yo no esperaba ser padre; pero esto era cosa de nada. Con algunos pequeños cuidados que él la indicó... Una vez más: soy muy feliz...

Mientras me hablaba me sentía desfallecer de vergüenza. ¿No era yo uno de los que se habían confabulado para mantener la atroz ilusión en que de ahora en adelante iba a vivir y a envejecer? Yo comprendí que, una vez fuera de mi casa, Margarita Routier había ido a casa de un doctor cualquiera; que ella le habría hablado del aborto, y el médico aconsejaría a su cliente aterrada volver sencillamente a su hogar, comprometiéndose él, el día del alumbramiento, a hacer aceptar fechas, después de todo verosímiles... ¿Tuve o no razón en no hablar en seguida? ¿Tuve o no razón en callarme entonces?... Después de tantos años sigo preguntándomelo sin poderme responder. ¿Hice o no hice bien en tener sobre la pila bautismal a aquel niño, cuyo verdadero padre conocía?... No es, sin embargo, un ahijado lo que me causó, ni me causará jamás, muchas molestias. Menos de seis meses después de su nacimiento, la madre encontró medio para enemistarse con Carlos, enemistad que yo no he tratado de impedir. Me resultaba enojoso ir a aquella casa. ¿Comprende usted ahora por qué no le acompañaré al hotel de Génova?»

¿Es preciso que diga que yo tampoco, por simpatía a Edme Raymond, paré aquella vez en el hotel? Muchas veces me he preguntado después lo que yo habría hecho, como él me dijo. Para un verdadero amigo, ese silencio es culpable. ¡Y hablar es tan cruel! Esa es la prueba de que es necesario ignorar ciertos secretos. El mejor partido en la vida es cerrar los ojos y los oídos para no conocer las faltas de los demás. Es la única manera de vivir completamente en paz. ¡Pero eso no siempre es fácil!